

¿Modestia o vanidad?

Brevísimo ensayo

¿Y tú que piensas? ¿Debe ser lo primero o lo segundo? y ... ¿Esta ocurrencia es casual o causal?

Empezando por la última, y yendo muy al grano, diré que es fruto de la causalidad, como casi todas las cosas. Nada sucede por casualidad. Simplemente cuando así lo creemos es porque no investigamos las causas que producen un suceso. Bien, pues la causa de este título es el hecho de que estoy investigando la vida y obra de un ilustre alanisense: el doctor en letras Francisco Rodríguez Zapata. Según dicen sus coetáneos, fue persona muy modesta, quizás por su formación, ya fue sacerdote, pero lo cierto es que ese exceso de modestia lo ha llevado a ser –casi- un total desconocido. Nunca quiso publicar un volumen con su obra poética y eso, al cabo de 150 años, lleva un arduo trabajo para sacarla a la luz, pues quedó repartida por múltiples revistas literarias y documentos de diversas instituciones. Entre tanto, yo he pensado alguna vez: ¿Y este RZ no podía haber sido un poco más vanidoso? Así sabríamos mas de él, hubiésemos disfrutado mejor de su obra y ahora no nos daría tanto trabajo. Pero, ¿éste es el único origen del escrito? No, esto lo relaciono con lo que veo y oigo a diario en la sociedad actual y ambas cosas son las que me dan el auténtico origen. Apenas se mire o se escuche con cierto detenimiento, encontramos las personas yo-yo, es decir, aquellas que de cada tres palabras, dos son yo. Su exceso de egocentrismo es tal, que se les nota desde muy lejos su complejo de inferioridad mal encauzado y por eso tienen que ser tan vanidosas. También tenemos aquellas otras que subliminalmente, aprovechan la mínima ocasión para alardear y ponerse más méritos que le corresponden. Al igual que las anteriores, responden a una patología de inferioridad mal gestionada.

Pero, ¿es vanidad mostrar nuestros justos méritos? ¿Es mejor no mostrarlos y pasarse al extremo de la modestia? ¿Es la modestia un valor antiguo o muy apegado al cristianismo? Ahora sí que hemos entrado en el meollo de la cuestión.

Abreviando, podemos decir en principio, que ambas conceptos no son buenos ni malos en si mismo. Simplemente las personas nos movemos entre la reafirmación de nuestro YO y la necesidad de los demás. Si esto se desequilibra es cuando caemos en la vanidad o en la modestia. Casi todas las culturas-religiones atacan la vanidad. Nuestro refranero también colabora: “*dime de lo que presumes y te diré de lo que careces*”. La modestia, sin embargo, parece que es mejor tratada: “*la modestia es el complemento de la sabiduría*” dice la cita. Pero también otra dice “*si será modesto que se cree inferior a sí mismo*”, para resaltar que el exceso de modestia también es patológico y llega a la destrucción de la autoestima y del propio YO.

Luego, ya vamos clarificando algo, y es que ambos extremos se tocan y son contraproducentes para una sana personalidad. Quizás, siguiendo con el refranero, “*en el centro está la virtud*”, así podamos

dar respuesta al interrogante. Y el centro de ambos conceptos ¿Dónde está? Pues para mi vanidoso-modesto entender está en la *verdad racional saludable*. Un concepto de cuño propio para este escrito, entendido como que lo que digas tiene que ser cierto, verificable física o racionalmente y que tiene el justo valor para que no dañe tu personalidad y a la vez la de los demás. Esto que he soltado tan alegremente, es fácil de decir pero muy complicado de llevar a la práctica, pues por ti o por los demás casi siempre te sales del centro y te metes en uno u otro campo. El problema está cuando te acercas demasiado a los extremos.

Si yo digo que soy Arquitecto, Médico o Bachiller, eso es una *verdad racional* verificable, pero... ¿Es *saludable*? Es aquí donde viene el problema, pues si lo digo para resaltar sobre los demás, malo, y si lo digo sin ánimo de minusvalorar puede que el otro lo tome por ello y también malo. Luego, ¿qué pasa? ¿No se debe decir nada? Es mejor “*no hablar para no ofender*”. Pues no. Tenemos necesidad de comunicarnos con los demás y viceversa y por ello debemos hablar, y si lo que decimos es *saludable* para nosotros, porque no viene de complejos o necesidades patológicas, hay que decirlo, y si no es *saludable* para el receptor, será él quien deba analizar ésto y detectar sus prejuicios, razones o complejos.

Antonio Pérez

Aprendiz de persona (¿modestia?)

Ingeniero, Licenciado y Catedrático (¿vanidad?)

marzo 2012